

EL PAISAJE, LA VENGANZA DE LA PERMANENCIA.

POR AVELINA LÉSPER.

El paisaje es resultado del tiempo. La Tierra tiene más de 3 mil millones de años de existencia. Cada montaña, cada formación geológica, esa atmósfera que se prolonga infinita encima de nosotros existe antes de que lo supiéramos, antes de que creáramos conocimiento acerca de nuestro entorno. Tenemos una relación filosófica y poética con el territorio en el que vivimos, el paisaje, esa enorme extensión que contemplamos nos contiene, nos da un sitio y nos obliga a medirnos con su inmensidad. Es casi temerario detenerse a pensar que nuestra existencia puede ser determinada por el paisaje, por este sitio en el que vivimos y que nos maneja, nos limita. Las fronteras del paisaje son nuestras fronteras. Jorge Obregón ha decidido encausar toda su formación y talento artístico a pintar paisaje. Es una decisión que atañe a la existencia. Pintar paisaje implica una relación muy íntima con el lugar, involucra una observación que obliga a estar, a permanecer mientras el paisaje cambia, se mueve, evoluciona. El pintor está ahí, inamovible, paciente, y las nubes viajan sobre su cabeza, la luz se oscurece, la naturaleza sigue su ritmo.

LA SABIDURÍA DE LA MONTAÑA.

Obregón se enfrenta a nuestra efímera condición humana y a nuestra sedienta necesidad de saber lo que no podemos ni imaginar. Obregón pinta montañas, pinta volcanes, reta la limitada mirada humana con la eternidad de estas presencias que se erigen abruptas y rompen la planicie. La montaña sabe todo lo que nosotros ignoramos. Peregrinar a su cúspide buscando sabiduría, tratando de escuchar el lenguaje de los espíritus que la habitan, es parte de lo que busca el pintor de paisajes. *Chicnautécatl*, *Nevado de Toluca*, el cráter del volcán aparece en la pintura de Obregón con las lagunas del Sol y de la Luna. La atmósfera es azul y se derrama sobre las cúspides, sobre la orilla accidentada del cráter, reflejándose entre el cielo y las lagunas. En el primer plano tenemos un conjunto de rocas, pero la mirada de Obregón no está ahí y nos lleva hasta las cumbres nevadas del

volcán. Obregón se deja seducir por la enigmática configuración de sus formas. En la pintura refleja su atracción por la dimensión, por la expectativa de la vida interna que posee cada volcán, por ese humor impredecible y violento con el que despiertan. Los pliegues, las cicatrices del terreno, la paz de la soledad, el vértigo de la altura, la temperatura, están presentes con detalle en la pintura. Llevar una montaña a un lienzo es un ejercicio, casi científico, de recreación de la escala que nos describe con dramatismo la descomunal formación y la proporción de lo humano aunque no existe un ser en relación visual. Ver una montaña pintada por Obregón nos hace subir por sus laderas, nos invita a habitarla, a pensarla como un ser eterno que nos espera, que tiene algo que decirnos.

LA SOLEDAD DE LO ETERNO.

La montaña es silencio, los paisajes de Obregón son silencio. Escuchar al volcán es sentirlo, dejarse poseer por su soledad. Una montaña es para observarla en meditación, en la paz de algo que nos contiene con el poder de su quietud. Los sabios, los santos y los pintores van a la montaña. Se pinta y se medita en silencio. El pintor de paisaje es un ser solitario que se hace acompañar por algo que es inabarcable con la mirada. Contemplar las cumbres volcánicas de Obregón, las formas milenarias, los caprichos geológicos, los colores que cuida al extremo para que no sean fieles o realistas, sino para que sean verosímiles, para que nos comuniquen que esa cúspide y él estuvieron días enteros juntos, escuchándose, mirándose, entendiendo cada uno lo que son, compartiendo naturaleza. Tenemos que aprender quiénes somos, ver paisaje nos da una lección de humildad. ¿Qué puede ser más grande que ver al *Iztaccíhuatl*? Recrearlo es hacer un tributo a su presencia, a millones de años de existencia. Nunca sabremos lo que la montaña ve, pero vemos lo que Obregón pinta, esa pincelada cuidadosa, sabia, que reinventa la nieve, la tierra, las rocas y que sube las laderas buscando los detalles que hacen de cada montaña, de cada volcán seres únicos e irrepetibles. No existe continuidad, ni parentesco, cada risco es diferente, cada uno tiene un espíritu distinto. ¿Cuánto tiempo ha vivido Obregón en la

inestabilidad del abismo para pensar el paisaje y poder comunicarse con la montaña? Su vida de pintor entera y aún le falta más, no importa cuánto, la montaña lo espera, le tiene paciencia. Pintar no es un ejercicio manual, es un trabajo intelectual y emocional, es una decisión que altera el destino. Hay una lección y una metáfora implícitas en el pintor de paisaje y el arte mismo. El arte se vive como escalar un monte al que nunca se le ve la cúspide, como una misión que no tiene fin, se sube sin saber a dónde se va a llegar, pero es imposible rendirse, quedarse en el camino. El arte es continuo, la vida se acaba.

LA MONOCROMÍA ESENCIAL.

El paisaje es memoria, es nostalgia, es imaginario. Se codicia al paisaje, hay guerras que se desataron por la posesión de tierras, las cordilleras son fronteras naturales. Describir un paisaje es un ejercicio de la imaginación y una forma de seducción. Prometer un lugar mítico, una leyenda en la que podemos habitar, en la que podemos morir, es un sueño, es un ideal nunca alcanzado. Los paisajes de Obregón dibujados con carboncillo, trazos negros sobre fondo blanco, evocan la perfección de un sitio ideal. *La Barranca de Alcalícan*, es una pieza en gran formato, en la que Obregón utiliza la monocromía para describir un sitio que sin la presencia del color es una abstracción que hace imposible su existencia, y eso lo convierte en fantástico, es invención pura. El dibujo es obsesivo y sintético, describe la nieve, las formas de las laderas, y una sombra que se extiende sobre el enorme terreno que se origina en el movimiento, en el tiempo que vemos cómo transcurre a través de la luz. Dibujar es una de las formas de creación más austeras y humildes que existen. Bastan dos elementos, papel y carbón, para que el artista invente, recree algo infinito, y que además lo haga con tal verdad que no necesitemos del color para comprenderlo y gozarlo. Los dibujos de Obregón son placer, nos obliga a estar enfrente de ellos largamente, a detenernos en el conocimiento que tiene de lo que hace. Estudia al monte como si fuera un cuerpo, lo trata con la reverencia de lo que se admira. Esta monocromía recobra la noción escultórica que tiene una montaña.

Estos paisajes accidentados y sin embargo reposados, son esculturas descomunales, modeladas por la naturaleza, por una fuerza creadora infinitamente mayor a la del ser humano. Dibujarlas o esculpir las de nuevo, como hace Obregón con sus esculturas, piezas táctiles bañadas en plata, obliga al artista a pensar como la naturaleza, a sentir como ella. Una forma no se reproduce con fidelidad si se hace por la forma misma, hay que pensar en lo que no es visible, en lo que está adentro, en los materiales, en las tierras, en el tiempo, en el agua que fluye, en la nieve, en la erosión. Sentir cómo sucede, cómo el viento logra que su soplo quede en la roca, cómo el clima y el impredecible devenir dejan su huella y permiten que exista una escultura inmensa que defina la Historia de un hombre, o de una nación. Un guerrero defendió una montaña para su hijo. Dejó su vida en la batalla. Como tributo su hijo meditó diez años en una cueva de la montaña y al final la dibujó en su espada.

EL PAISAJE VULNERABLE.

Es inquietante ver que nos tragamos el entorno. No lo vemos, no lo comprendemos, ni siquiera lo amamos pero lo depredamos, lo espoliamos. En el óleo sobre lino titulado *Xico, el ombligo de la Ciudad de México*, vemos al cráter del volcán que está rodeado por la corrosiva ciudad. La posición de Obregón es privilegiada, nos muestra la zona lacustre, el cielo, la distancia dividida en tres planos consecutivos, un desarrollo de composición que le da a la pintura una profundidad vertiginosa. La trampa de la perspectiva que triunfa sobre la mirada de los dioses. Rodeando el cráter está una masa gris de construcciones que se comen el espacio del volcán, que no respetan su milenario derecho de estar ahí, que le quitan aire, magnificencia, poder. El desarrollo de la composición es una narración tan armónica de este proceso interminable de invasión, que resulta, por la calidad de la pintura, en una obra bella y trágica. Contemplarla y ser el volcán apresado es un ejercicio de comunicación, de solidaridad invaluable. *Xico* llegó antes que nosotros, ese pedazo de tierra del que surge es de él, ese cráter que no puede respirar es él. Nadie lo ve y Obregón lo pinta para que lo veamos, lo hace con todo el conocimiento del que ha

recorrido decenas de veces esa zona, del que entiende lo que le hacen el ser humano y lo que llamamos progreso a un volcán. El silencio de *Xico* es conmovedor, es un espacio de paz, de profundidad en el ruido que lo rodea, en el escandaloso deterioro del que somos capaces. *Xico* es ejemplar, si lográramos tener algo de su fuerza.

TEXTO DE SALA.

El arte vive la extinción del pensamiento abstracto, la denigración del trabajo, del talento y la creación. Pintar un paisaje es revolucionario y es un acto de protesta ante esta situación de nula inteligencia. El arte contemporáneo llama paisaje a un montón de tierra, a unos pedruscos encimados o fotografías aéreas de un terreno. No existe ni la más elemental comprensión del entorno, ni de la transformación que el arte hace de este entorno. Jorge Obregón pinta en contra de la corriente, se revela en contra de estas modas alejadas del arte, del conocimiento y la inteligencia. Jorge Obregón sube a la montaña y la habita para entenderla y recrearla en sus lienzos. Este acto de creación define su obra, define su vida, y lo hará seguir adelante.